

seos, el alma tiene que hacerse imperturbable. No de otra suerte hablaba Pirrón.

Pero resulta ahora que en la mente de la India, aquel escepticismo ético, intrínsecamente ordenado a moderar la vida, toda la vida, la embargaba íntegramente, o, en otros términos, el espíritu que lo aceptaba no dividía sus fuerzas para aplicarlas al fomento de otras tendencias, ni a la prosecución de otros intereses, ni al logro y conquista DE ESAS MISMAS COSAS QUE DECLARABA IMPERMANENTES. Lo contrario acontecía en Grecia, y habría de acontecer más y más intensamente en el mundo occidental: el escepticismo no podía ser (como quería Pirrón) una norma de vida que dominara efectiva y totalmente al hombre porque ese mismo hombre andaba solicitado por el apetito de conquista del mundo material y de su explotación, por el intento de penetrarlo y descubrirlo (que es el primer paso para aquella conquista), y así era imposible que coexistiera con este intento y con ese apetito aquella manera de escepticismo que se traduce en renunciamento. De donde resulta que el escepticismo que en la India fue NORMA DE VIDA, en Grecia vino a ser con el tiempo una TÉCNICA del pensamiento, un mero sistema filosófico, un método científico positivista. Para el pensamiento de la India, los descubrimientos y progresos propiamente científicos me parece que nunca han tenido mayor importancia ni han constituido una finalidad o un ideal de la vida; cosa muy distinta de lo que acontece hoy en grandes proporciones y ha acontecido siempre en el mundo occidental educado por Grecia. No deja de ser ilustrativa de esta suposición una frase de L. Bromfield (N. in Bombay) que dice: "La POBREZA tiene caracteres distintos en Oriente y en Occidente: allá afecta únicamente al cuerpo, acá perturba principalmente las almas".

JOSE VICENTE CASTRO SILVA

Rector del Colegio. Catedrático de Sociología Americana en la Facultad de Jurisprudencia y de Metafísica en el Claustro de Bachillerato.

UTILIDAD PEDAGOGICA

de la clasificación caracterológica de Heymans retocada por Le Senne.

Por JESUS MUÑOZ S. J.

En una comunicación al Congreso Internacional de pedagogía (Santander, España, 1949), publicada en esta revista del Colegio Mayor de Ntra. Sra. del Rosario ¹, señalábamos las conveniencias de utilizar la clasificación caracterológica de Heymans perfeccionada por La Senne, en orden a "investigar el carácter del educando mediante la observación psicológica".

Desde entonces acá han ido apareciendo diversas obras estimables dedicadas al estudio tanto teórico como práctico del carácter; y como en nuestro aludido estudio comparamos el esquema preferido por nosotros con los principales que pudieran competir con él por su valor y utilidad práctica, juzgamos ahora obra de probidad científica presentar al estudioso de la psico-pedagogía los resultados de la revisión hecha de nuestro criterio de entonces, mediante la nueva comparación de la tipología Heymans-La Senne con las orientaciones seguidas por los autores que últimamente han escrito sobre el interesante tema.

Proponíamos en nuestro estudio la clasificación caracterológica ideada por los profesores de Groninga, Heymans y Wiersma y recientemente retocada por el de la Sorbonne, Le Senne, como especialmente útil en la actualidad para orientar la investigación del carácter de cada alumno, tal como a la generalidad de los pedagogos les conviene practicarla. Nos interesa, por tanto, examinar concretamente qué han opinado los especialistas sobre la citada clasificación en orden a su aplicabilidad pedagógica y, de ser aprobatorios sus juicios, si han aparecido modificaciones que la perfeccionen considerablemente.

Como puntos de referencia representativos de las diversas opiniones, nos valdrán dos estudios, *Boletín de Caracterología* y *Balance de Caracterología*, publicados respectivamente por las dos revistas francesas de gran

¹ Cfr. vol. 47 (Abril-Junio, 1951 N^o 431, págs. 18-37.

reputación en materias filosófico-teológicas y ciencias afines, *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques* y *Revue Thomiste*, editadas por dos centros de estudios eclesiásticos.

D. H. Salman se expresa sobre el *Traité de Caractérologie*, al que hubimos de referirnos más de una vez en nuestra comunicación, en los siguientes términos. Traducimos toda la recensión:

“Al redactar un *Tratado de Characterologia* para una colección bien conocida (la colección *Logos*, editada por las Presses Universitaires de France, bajo la dirección de Lavelle y el propio autor del presente tratado), Le Senne disponía de 650 páginas que hubiesen hecho posible la obra de conjunto que tan dolorosamente falta a la psicología de lengua francesa. De hecho, no se encuentran en ellas más que una reedición de la clasificación tipológica de Heymans y Wiersma, atiborrada (*farcié*) de las interminables descripciones “psicológicas” de los innumerables filósofos, reyes, generales, poetas y otras celebridades a los que se supone corresponden. Todo esto pertenece a la mejor tradición de moralizadores y novelistas: pero no añade a la clasificación inicial. Se preguntará por qué la tipología de la escuela de Groninga es aquí gratuitamente identificada con toda la caracterología objetiva. Estos trabajos, meritorios hace cuarenta años, han sido sustituidos por centenares de encuestas más recientes y precisas, de las que no se encuentra rastro aquí. Las otras concepciones caracterológicas, no son mejor tratadas. En una palabra no hay en este libro ni las precisiones metodológicas, ni la clasificación de los problemas y de los métodos, ni la documentación, ni la bibliografía que se tiene derecho a esperar de una *Introducción*, y a los cuales la excelente colección *Logos* nos tenía hasta ahora acostumbrados. Tampoco tiene índice”².

Con estas palabras textuales juzgaba D. H. Salman desde Le Saulchoir en enero de 1949³ esa obra, manjar, por lo demás, con sus 650 páginas cargadas de lectura, sólo para estómagos hechos a alimentos sólidos. Poco éxito podría augurar todo esto al libro.

Las cosas, sin embargo, han ido de otra manera: A poco de publicada la citada recensión, el *Traité de Caractérologie*, agotadas sus dos primeras ediciones, aparecía en la 3ª; llegaban así a quince mil los ejemplares presentados al público en menos de cuatro años (4º trimestre de 1945, 1ª edición y 3ª edición 1er. trimestre 1949).

² *Revue des Sciences Philosophiques et Theologiques* (París) 33 (1, 1944) 49.

El *Traité de Caractérologie* de R. Le Senne. Está editado en Presses Universitaires de France. París.

³ Por haberse publicado el citado número de la Revista con retraso, el ejemplar de nuestra suscripción no nos llegó hasta después de presentado ya nuestro estudio al Congreso.

¿Tiene deficiencias? ¿Qué duda cabe? En nuestra exposición aludíamos a algunas; si bien, podemos prescindir de referirnos a ellas, ya que ni allí ni aquí nos incumbe hacer la apología absoluta de la obra, sino examinar objetivamente y dar a conocer el valor y utilidad que la clasificación caracterológica en que ella se funda, tal como queda retocada por Le Senne, puede prestar al educador para investigar el carácter del educando en orden al perfeccionamiento de éste.

Eso quedó asentado en nuestra exposición. Y precisamente, al examen del valor “objetivo” de esa clasificación y de sus relevantes méritos en comparación con otras, puntos que Le Senne no parece preocuparse de justificar dándolos como evidentes, dedicamos la comparación hecha entre ella y las tipologías universalmente reconocidas como de más valor.

¿Que una *Introducción*, en el estado actual de esta ciencia, requeriría, para ser más perfecta, alguna modificación en el examen de los datos y en su interpretación estadística, información más completa sobre otros métodos y sobre más problemas relacionados con el estudio del carácter, más documentación, más copiosa bibliografía, en fin, un índice alfabético onomástico y otro de materias, pues el analítico y bien detallado, si lo tiene? Todo eso será verdad, sin que se implique, con todo, el que el *Tratado* de Le Senne no añada nada a la clasificación que toma de los autores holandeses, ni mucho menos que la clasificación que él adopta y perfecciona no sea de gran utilidad, aplicada a la pedagogía. Respecto de las añadiduras hechas por Le Senne, baste citar su estimable iniciativa en lo referente a los factores suplementarios y a la dialéctica caracterológica, en la que le vimos coincidir totalmente con Murphy, siendo ambos tratadistas, mutuamente independientes. Del valor real de sus conclusiones para el objeto al que las aplicamos, tenido en cuenta lo expuesto en nuestro trabajo, acaso puedan ilustrarnos algo varias indicaciones del *Boletín* en que nos estamos fijando.

En la Sección de “Obras de conjunto”, las que pueden hacer a nuestro caso, señala D. H. Salman, cuatro. *La Psychologie des caracteres*, de G. Poyer, casi únicamente informativa, es extraordinariamente yeyuna, inútil para el fin pretendido de orientar prácticamente sobre la investigación del carácter del educando, y, por lo que a la obra en sí misma se refiere, poco digna de formar parte del *Nouveau Traité de Psychologie* al que pertenece. Ya nos había desilusionado hace tiempo.

Del *Traité du Caractère* de E. Mounier dice el crítico comparándolo con el de Le Senne: “es de muy otra envergadura”. De él nos darán idea dos puntos a las claras sobresalientes: Primero, la clasificación fundamental del carácter que Mounier sigue en su obra de 796 páginas es la de Heymans y Wiersma. En esto, como Le Senne. Segundo, en información, lecturas,

descripciones, y aún reflexiones sobre lo individual, lo social y lo nacional, es mucho más copioso. “Nada de precisión en las concepciones generales —señala expresamente el crítico— y aún se ignora qué entiende el autor por memoria, instinto, pasión, emoción... etc. Sus nociones científicas son vagas. Descuida sistemáticamente las conclusiones más seguras de los estudios experimentales y de su análisis factorial, etc...” “En la exposición se abusa demasiado frecuentemente de metáforas que engendran más calor que luz”.

Esta obra ya se ve que no posee ni la síntesis, ni la precisión, ni la aplicabilidad de la de Le Senne. Mounier ha escogido como éste la clasificación de Heymans por estimarla la mejor de cuantas le ha brindado su copiosísima información, para trabajar sobre ella con su fina penetración psicológica y con “su interés por la práctica” más que por la pura especulación. La diferencia está en que no supo extraer de ella lo que extrajo Le Senne perfeccionándola con su ulterior elaboración personal.

La *Introduction à la caractérologie de W. Boven*, quien en su obra de hace unos años *La science du caractère* hace expresa profesión de materialismo, es una exposición en tres capítulos de las concepciones de tres caracterólogos bien conocidos ya, con una sección final sobre herencia del carácter, precedido todo de una introducción sobre el carácter en general. El crítico no tiene más que alabanzas para ésta obra, por lo demás, “modesta de forma”. Consta de 148 páginas. Como se ve, cualquiera que sea su valor real, no ofrece la síntesis objetiva y práctica que presenta la obra de Le Senne.

La cuarta de las obras reseñadas es la ingente de Gardner Murphy, *Personality*, “un millar de grandes páginas”, ya tenida en cuenta en nuestro estudio. “Obra llevada a cabo con medios de información mucho más potentes” que los de Mounier. “El A. conoce admirablemente los trabajos experimentales y las técnicas de laboratorio —continúa el crítico—. Sin embargo, se abstiene de utilizarlos o al menos no se sirve jamás de ellos explícitamente. Este volumen propone el problema de la explicación en caracterología... No se resuelve el problema, el gran mérito de un ensayo como éste es proponerlo”.

Comparado el resultado de este “ensayo” con el teórico y práctico que ofrece la clasificación de Heymans retocada por Le Senne, admira una vez más el acierto sintético y práctico, aunque no sea todavía exhaustivo, logrado por este último en su obra.

Miremos ahora el segundo punto de referencia, *El Bilan de caractérologie: acquisitions et problèmes*, arriba aludido ⁵. Su autor, P. Mesnard,

⁴ Ibidem, págs. 48-51.

⁵ En *Revue Thomiste* 50 (1950, II) 382-395. El fascículo, que corresponde al segundo semestre de 1950, ha aparecido con retraso.

asienta en él categóricamente, a base de un detallado examen teórico-práctico de la citada obra de Le Senne y de su comparación con otras recientes sobre el mismo asunto: “desde 1945, las ambiciones directrices de la caracterología no han cesado de afirmarse... este movimiento vuelve a tomar sobre el plano de la ciencia moderna una corriente de pensamiento muy profunda en la antigüedad. (A ella pertenece) el admirable *Traité de Caractérologie* de René Le Senne, cuya publicación es probablemente el acontecimiento cultural más considerable desde el término del cataclismo mundial”. Y, expuesta a continuación la idea y valor fundamental de la obra, continúa: “Este mérito es tanto mayor cuanto que ninguna de las otras clasificaciones hechas a partir de datos fisiológicos o psicológicos ha podido demostrar su objetividad ni definir un abanico completo de tipos positivos que engloben a la totalidad de los seres humanos” ⁶.

El lector verá que estas palabras de Mesnard vienen a confirmar exactamente lo que en nuestro estudio habíamos obtenido al comparar la clasificación de Heymans, que Le Senne perfecciona considerablemente por su cuenta con nuevos matices dentro de cada tipo fundamental, con las existentes de más valor caracterológico.

El crítico continúa: “Le Senne, y esto es precisamente lo que exaspera a sus adversarios, se ha acreditado a la primera como el Cuvier de la caracterología. El éxito inaudito de su hermoso tratado, que, a pesar de sus 700 páginas (exactamente son XII, 658) densas y compactas, no ha contado menos de tres ediciones en cinco años, (exactamente tres y medio) basta para demostrar que la opinión científica ha zanjado ya la cuestión” ⁷.

Nuevas obras de esta misma orientación, como el *Traité pratique d'analyse du caractère*, de Gaston Berger, de la Universidad de Aix y *L'étude des caractères* de Roberto Mistriaux de la Facultad de S. Luis de Bruselas ⁸ con sus respectivos cuestionarios para la exploración del carácter; más complicada la de Mistriaux, asequible y precisa la de Berger, con el nuevo mérito de haber perfeccionado notablemente la caracterización del tipo “amorfo” de Heymans, tienen sobre todo el de hacer avanzar a la ciencia del carácter hacia el ideal de unir la observación con la utilización facilitada de los tests. Ambas obras toman por clasificación caracterológica fundamental la de Heymans. La comparación con otras obras en uso como la de R. G. Bernreuter, *Manual for the personal inventory* en EE. UU., inclina resueltamente a favor de la clasificación que hemos preferido.

Pasando de los libros y opiniones ajenas a nuestro examen personal

⁶ O. c. págs. 383 y 384.

⁷ Ibid. 384.

⁸ Editados, respectivamente, por Presses Universitaires de France, París, 1950 y Easternman Journal-París, 2ª edic. 1950. El primero pertenece a la colección *Caractères*.

durante este tiempo, también podemos ofrecer, a base de él, resultados que ilustren los precedentes.

Hemos escuchado opiniones menos favorables, y alguna positivamente desfavorable, a la clasificación de la escuela holandesa, hoy ya con vida segura y próspera a través de los Mounier, Le Senne, Berger, etc. Las exponían entendidos o estudiosos de la psicología particularmente aficionados a la tipología morfológica de Kretschmer, y que de la clasificación que desestimaban no tenían más que un conocimiento superficial. Su modo fundamental de razonar viene a reducirse a éste: clasificación tipológica que no arranque de raíz tan primordial de la individualidad como lo somático con su anatomía y su fisiología, no puede ser de valor; la de Heymans no atiende ni a lo morfológico ni a lo humoral-endocrinológico, y la de Le Senne —pudiéramos añadir— tiene frases hasta despectivas para lo fisiológico; luego tales clasificaciones no tienen valor.

La solución a esta objeción la habrá visto el lector en nuestra *Comunicación* al Congreso. Sin embargo, por su actualidad y por su importancia respecto de la clasificación contra la que va dirigida, merece desarrollarse aquí.

Esa objeción tiene un fundamento real y sólido: la importancia de lo somático en la constitución del temperamento y carácter; y de ahí concluye por vía deductiva a priori contra la clasificación de la escuela holandesa: en ésta no se tiene en cuenta el factor somático, luego no es buena clasificación. Es el escollo en que puede tropezar ese noble género de argumentación, en sí más científica que la construída empíricamente. La importancia indudable del factor orgánico en el carácter no demuestra que una clasificación en la que éste no sea tenido en cuenta explícitamente, carezca de valor teórico y de utilidad práctica. No será perfecta, sin duda; pero no basta eso para declararla inútil. La conclusión a priori, fundada pero no infalible “no puede ser”, ha de ceder ante el hecho demostrado por el examen y la aplicación, de que la clasificación *es*.

Esta, en efecto, reúne las condiciones siguientes: nos presenta tipos “de carne y hueso” como solemos decir, claramente comprobables y “verificables” en los individuos con quienes tratamos en nuestra vida real y cotidiana; abarca e incluye en sí lo mejor y más definitivamente adquirido por las demás clasificaciones tipológicas desde la de Hipócrates hasta las de Kretschmer Mc. Dougall o Sheldon; presenta un número de tipos fundamentales suficientemente reducido y, al mismo tiempo, elástico para que pueda conformarse con las variedades de individuos humanos, de tan diversos matices aun dentro de un mismo patrón común; en fin, los rasgos decisivos que caracterizan a cada tipo son pocos, fácilmente perceptibles y profundamente reveladores de su idiosincrasia psíquica, con la consiguien-

te utilidad teórica y práctica en orden a su diagnóstico, pronóstico, en caso de defecto, terapéutico, y psicagogía en el siempre posible ulterior perfeccionabilidad psicológica. Una tipología así, aunque no atienda a lo morfológico, es de gran valor. Así es la Heymans, Wiersma, Le Senne y sus seguidores.

¿Que en ella ha descuidado el atender a lo corpóreo? Esto más bien demuestra que, si de lo morfológico se puede subir a lo tipológico y caracterológico, éste no es el único acceso para llegar ahí, pues por otros lo han conseguido con facilidad y seguridad los seguidores de la orientación citada. Lo cual no quiere decir en modo alguno que lo corpóreo no tenga importancia capital en la ciencia del temperamento y del carácter; sólo manifiesta y, con los hechos, demuestra que siendo primordial como constitutivo ontológico del temperamento y carácter, no es indispensable como requisito lógico para obtener un conocimiento de los mismos, fácil, seguro y útil teórica y prácticamente. Y esto, aunque no de modo definitivo ni insuperable, sino aún bien perfeccionable como repetidas veces hemos indicado, lo ha logrado una clasificación tipológica así formada, tan bien y mejor que cualquiera otra.

Es evidente, por lo demás, que siendo tan importante el factor orgánico en la cuestión de las diferencias psíquicas individuales, un estudio adecuado de éstas no puede prescindir de considerar aquél; por eso, si la clasificación a cuyos méritos aludimos aspira a ser científica, en el cabal sentido de la palabra, tendrá que completarse fijando las correlaciones humoral-morfológicas y psíquicas de sus tipos y de los rasgos fundamentales de los mismos. Así lo dejamos expresamente afirmado en nuestro trabajo al comparar esta clasificación con la de Kretschmer. Por la misma razón, si alguna afirmación de Le Senne, por ej., rechazase la consideración de lo fisiológico como totalmente inútil o ajena a la tipología psíquica, debería ser enmendada, por motivos tanto de psicología experimental como de psicología racional. Pero ese posible error de conceptos, de hecho hasta ahora no ha impedido que la clasificación adoptada sea de valor verdadero y no pequeño; para el futuro, a tiempo se está de evitar las deficiencias en este aspecto.

Tanto más que lo que sorprende es el acierto clasificador de Heymans, pues la manifiesta analogía existente entre los pocos tipos bien definidos a base somática, sean los de Mac Auliffe, Sigaud, Kretschmer, Sheldon, Pende, etc. y varios de los de Heymans, hace ver el profundo acierto tipológico con que han sido elegidos y lo certero del criterio que dirigió su elección, ya que no atendiendo éste a los indicios somato-psíquicos sino a los psíquicos únicamente, otuvo un resultado para ambos puntos de vista singularmente satisfactorio.

Nuevos estudios sobre la morfo-psicología del individuo, con datos y orientaciones que, después de convenientemente acrisolados, puedan incorporarse a una síntesis tipológica completa, siguen apareciendo en obras como la *Caracterologie des enfans et des adolescentes a l'usage des parents et des educateurs* de Andrés Le Gall⁹ en la que vienen a encontrarse los últimos frutos de los esfuerzos de la escuela morfológica francesa representada actualmente, entre otros, por Corman, Baud, Fouché. Esto, sin embargo, aún requiere largo trabajo de elaboración, y lo necesitará mayor aún de depuración ideológica por la tendencia de algunos morfólogos a no ver en el hombre más que cuerpo y no reconocer otra realidad psíquica que el sistema nervioso y sus funciones; gravísimo error éste del que, aun desde el punto de vista puramente científico, no será fácil disculparles, sobre todo desde que, en nuestros días, morfólogo tan eminente como Pende ha construido desde su mismo laboratorio fisiológico *La scienza moderna della persona humana*¹⁰ con visión sintética recta y completa.

Otros puntos quedan igualmente por discriminarse y perfilarse en la citada clasificación tal como nos la presentan los autores que ya conocemos. Así, los mismos conceptos fundamentales de temperamento, natural, carácter, personalidad, a cuyo esclarecimiento y precisión acaso ofrezcamos en otra ocasión nuestra modesta aportación; el grado de estabilidad del mismo núcleo caracterológico, teóricamente tan inmutable para Le Senne, y, en cambio, excesivamente modificable para Berger, mientras en la práctica también a juicio del propio Le Senne habrá de juzgarse transformable en grado mayor o menor; el concepto preciso y la interpretación en cada caso concreto de rasgos distintivos suplementarios, como la "amplitud o estrechez de la conciencia" o, tal vez mejor, "de espíritu", que evite el confundir la primera con la atención superficialmente abierta a cuanto llegue al sujeto y la habitual y tenaz concentración mental con la segunda.

Mucho terreno queda por delante a la investigación.

Sea nuestra última advertencia, personal, fruto de experiencia. Un psiquiatra, director de una clínica mental, que desestimaba el *Traité de Caracterologie* de Le Senne, tuvo casualmente a su lado en repetidas ocasiones a uno de nuestros colaboradores ocupado, bajo su dirección, en examinar a base de tests de inteligencia y carácter, a considerable número de alumnos de diversas procedencias. Tenía puesta gran confianza, por entonces, el psiquiatra, en el tests de Szondi. El aludido examinador lo aplicaba, un tanto ilusionado también, aunque sus reiteradas decepciones que lealmente nos declaró, vinieron a aproximarle más a nuestra opinión, to-

⁹ Presses Universitaires de France, París, 1950.

¹⁰ Edit. Garzanti Milán. 2ª edic. 1949.

cada ya en nuestro trabajo¹¹. El psiquiatra, a su vez, al asistir en repetidas ocasiones a los exámenes caracterológicos practicados por el entonces auxiliar suyo y reparar los resultados de ciertas interrogaciones que éste dirigía por propia iniciativa al examinando para sondear más profundamente su psiquismo, le manifestó llana y resueltamente la admiración que le causaban lo certero de tales preguntas y lo revelador de las respuestas por ellas provocadas.

"Estas preguntas, me explicó mi colaborador al hablar de esto, eran unas tomadas de la obra de Le Senne; otras, inspiradas por lo leído en la misma"; la que el psiquiatra había rechazado de plano.

¿Será necesario añadir que iban dirigidas precisamente a obtener, cuanto es posible en la rapidez de un examen, los datos que en nuestra exposición indicábamos que han de irse recogiendo, mediante la observación, de lo que da la conducta del educando bajo la acción normal de las circunstancias y del educador, a lo largo de los meses y de los años? Hacerlo así es procurar suplir lo menos mal que se puede, la falta del primero de los métodos de exploración para el diagnóstico psicológico: la observación de la conducta espontánea del sujeto.

Respecto de ese procedimiento que considerábamos como primordial en nuestro trabajo, se expresa así Mesnard en su *Balance*: "Una vigilancia y una observación ("control") caracterológica continuada durante años—ésta debería ser la regla durante el curso de la enseñanza primaria y media— permitiría establecer con precisión la fórmula (caracterológica) del interesado". ¿Tests caracterológicos, además? Procedimientos como el tests de Rorschach "difícil de interpretar cuando es el único instrumento de análisis empleado, ofrece, al contrario, una excelente confirmación o rectificación del diagnóstico caracterológico"¹².

Tales conclusiones del competente P. Mesnard a fines de 1950, vemos que vienen a confirmar sobre nuevos datos y reflexiones, la conclusión que presentábamos en julio de 1949 al Congreso Internacional de Pedagogía, respecto del valor de la observación psicológica a base de la clasificación de Heymans, Wiersma y Le Senne, para conocer y, consiguientemente, perfeccionar el carácter del educando.

JESUS MUÑOZ S. J.

Catedrático de Psicología en la Universidad Pontificia de Comillas (España).

¹¹ En la nota 4, pág. 22 del No. ya citado 432 (Abril-Junio, 1951) de esta *Revista del Colegio Mayor*.

¹² *Revue Thomiste*, 1. c., pág. 391.